

ALBARRACIN

por

JOSE MARIA QUADRADO*

IACE al sudoeste de la provincia, oculta entre ásperas montañas, una poblacion que mas bien que de ciudad merece ahora el nombre de aldea, y mereció un tiempo el de castillo; sobre cuyas derruidas almenas tremola siempre la cruz episcopal. Un rio sirve de foso á la pequeña Albarracin, de pedestal una escarpada roca, de muro al par y de horizonte una cordillera de peñas que se defienden por sí mismas: y apenas se comprende de que pudo aprovechar en aquella soledad su fortaleza, como se extendió desde aquel rincon su nombradía. A su posesion anduvo en todos tiempos vinculado un notable poderío; su aislamiento le aseguraba la independencia: era un nido de águilas acechando la llanura.

Cuando á la entrada de la noche, tras de superadas árduas cuestas, montes coronados de pinos, senderos abiertos entre druidicas rocas se acerca el viajero á Albarracin, nada le anuncia la proximidad de la beliciosa corte de los Azagras. Una modesta vega encerrada en reducido valle, el humo cerniéndose perennemente sobre grupos de cabañas, los balidos de las ovejas que desde sus rediles se responden, preparan el ánimo á impresiones pastoriles, é indican las pacíficas tareas de los actuales moradores. Pero atravesado el arrabal, sí luce todavia un pálido crepúsculo, suspenden la atencion enormes masas de peñas, que ora dispuestas en regulares capas de un pardo color bruñido, ora acumuladas cual ahumados escombros de un muro colosal, guardan la angosta entrada del recodo que sirve de rueda concha á la tan disputada perla de Albarracin. Desde el puente de tablas lanzado encima del Guadalaviar á manera de rastrillo de aquel fuerte, aparece la ciudad asentada en anfiteatro sobre aislada muela en cuya cúspide sobresale sin orgullo el ápside y la aguda torre de la catedral: sirvenle de triple defensa las rocas que las sustentan, el rio que la ciñe, las almenas que previniendo toda opre-

* JOSÉ MARÍA QUADRADO: *Recuerdos y bellezas de España. Aragón. Zaragoza, 1974.* pp. 375, 379, 380 y 381.

sion enemiga, coronan en ancha cerca las alturas inmediatas. Al extremo de amena subida permanece en pié con su ogiva bóveda y sus ladroneras la puerta principal de la poblacion; y desde alli los muros escalan osadamente el cerro de la derecha, prolongándose por la cresta de la colina, y bajando á reunirse con la puerta situada en el confin opuesto. Sus desmochados torreones cuadrangulares, su desmoronada tapia, armonizándose con la pendiente cuyas vetas semejan largas hileras de fábricas hundidas, diríase que son ruinas del arte sobrepuestas á las ruinas de la naturaleza. No ya cuestas mas ó menos rápidas, sino graderías abiertas en la dura peña, forman parte de las calles que serpean por el pequeño é intrincado recinto de Albarracin. Angostas y sombrías por la altura de las casas, apenas dejan á la vista algun desahogo en una ó dos plazuelas, donde luce como blason sobre la casa municipal la imágen de una Virgen sentada con las baras aragonesas á sus piés. Por lo demás nada de monumental en la ciudad sino su misma disposicion: el caserío, ni antiguo ni bien conservado, abriga menos de cuatrocientas familias, que reunidas durante largos meses entorno del hogar por las nieves de la sierra, alumbrándose en las noches de invierno á falta de aceite con brillantes antorchas de tea, vegetan encadenadas al nativo peñascoso suelo, cuyas escasas producciones forman toda su riqueza. Algunos escudos de armas sin embargo decoran los portales, y encima de una moldura gótica osténtase el de la casa de Navarro con este lema singular: *Gloria vobis, dedecus pravis*.

Atravesada bien pronto la poblacion en incesante subida, sálase de ella por otra puerta que flaquean dos gruesas torres, y aparecen en sinuoso giro los barrancos por cuyo fondo se derrama el Guadalaviar mugiente y verdinegro. Baja el rio de la empinada sierra por entre pardas moles de desnuda roca, cuyos angulosos cortes y pliegues que las jaspean revela allí vastas canteras explotables todavia: ninguna vegetacion reviste aquellas colinas volcanizadas, templando la desolacion solemne del paisaje: y el que remonta la corriente por el sendero abierto en la orilla, vé con espanto las peñas desgajadas amenazando su cabeza. En medio del cauce asiéntase á espaldas de Albarracin un peñon soberbio cortado á pico por todos lados hasta imponente altura, sobre el cual se divisan los restos de un castillejo llamado *la atalaya*; y el Guadalaviar tras de abrazarlo á manera de península y de combatir su denegrida base, lánzase confuso y bravío á rodear la ciudad cual si buscara en ella menos difícil entrada. Pero la catedral y las casas sin necesidad de muros descansan en lo mas alto del ribazo, incrustando en las peñas sus pilares y contrafuertes;

Albarracín

y los nombres de lo pasado vienen á realzar el efecto de su posicion monumental. En mitad del precipicio ábrese la cueva *de los Judíos*, cuyo barrio se extendia por el hoy desierto *campo de S. Juan*; la torre de *Doña Blanca* ocupaba el solar del convento de Dominicos; y el castillo principal tan célebre en la historia militar de Albarracín con el nombre de *torre del Andador*, mitad fábrica mitad peñasco, asoma todavía por entre el caserío sus muros y torreones destrozados. El nombre de Santa María que llevaba la parroquia, á cuya sombra mas tarde edificaron los Dominicos su convento en el sitio menos escabroso de la ciudad, le dá el timbre de haber sido la decana de las iglesias de Albarracín existente ya entre los mismos sarracenos. La despejada nave del templo cubierta con techo de crucería y levantada por los religiosos¹, yace en el abandono desde su union á la parroquia de Santiago que ocupa el punto céntrico y culminante de la poblacion. Allá bajo en medio de la vega oran mas afortunadas en su reducido convento las religiosas dominicas, ostentando al viajero un Cristo de marfil y varios medallones de la Pasion esquisitos en espresion y trabajo.

¹ En un nicho sobre el presbiterio de esta iglesia descansa el obispo de Albarracín D. Pedro Jaime fallecido en 1601, cuya efigie se ve tendida sobre la urna.